

EL LITORAL

LA COMARCA Y EL MUNDO

SANTA FE, SABADO 29 DE JUNIO DE 1985



Horacio Caillet-Bois
89
*La Ciudad de
las losas y de
los sueños*

(Novela)

Buenos Aires
Agencia General de Librería y Publicaciones
1573, Rivadavia, 1573
1923

Santa Fe:

La ciudad de las losas y de los sueños

Hace sesenta y dos años Horacio Caillet Bois, joven poeta, inspirado en la entonces recoleta ciudad donde transcurrían sus años mozos, escribió una novela, a la que tituló "La ciudad de las losas y de los sueños". En ella puso todo su fervor juvenil, y al margen de la atrayente urdimbre del relato, se entretuvo en describirla morosamente, acercando al lector hasta sus viejos templos, sus barrios coloniales, sus calles y todo aquello que a sus ojos tenía el atractivo del misterio o la pátina de la nostalgia o del olvido. Sus páginas exhuman el romanticismo de una época, si bien su prosa

está embebida de las corrientes "modernistas", que tanto atraían a los escritores de entonces.

Horacio Caillet Bois es un escritor que todavía no ha sido valorado en toda su dimensión. Fue antes que nada un poeta de relevantes condiciones. El mejor de su tiempo. Su estilo, refinado y castizo, lo elevó sobre los hombres de su generación. Lamentablemente — como ya lo han repetido otros — luego de publicar sus primeros libros de poemas y la novela a que aludimos, se recluyó hacia su rica intimidad, dejando entonces de publicar

hasta su muerte, con excepción de algún ensayo esporádico sobre arte o algún soneto, fruto de su edad madura.

A pesar de este retraimiento, lo que publicó en su juventud vale lo suficiente como para ubicarlo entre los más sobresalientes escritores de principios de siglo. "Poemas" (1920), "Las urnas de ébano" (1921) y "Sus mejores sonetos" (1922) bastan para definir su personalidad literaria y aquilatar su obra poética.

"La ciudad de las losas y de los sueños", publicada en 1923, es una rotunda expresión de su juventud, y como tal, tiene las virtudes y los defectos de todo

iniciado, pero nadie podrá negarle el profundo amor que el autor siente por su ciudad, a la que pinta con mano de artista y veneración de hijo.

De este libro, hemos extractado algunas de esas páginas que habían de nuestra ciudad allá en los principios de siglo, cuando todavía transitaba el tranvía a caballo; cuando el Puerto se estaba construyendo; cuando todavía perduraba Merengo; cuando comenzaba el cine mudo; cuando los vecinos se sobrecogían ante la presencia de los primeros automóviles a bigote, y cuando el amor — de los



La vieja casa de Merengo, tal como existía a principios de siglo



Horacio Caillet Bois en su despacho del Museo Rosa Galisteo de Rodríguez

santafesinos y del mundo entero— se producía en las candorosas recetas que la "belle époque" distribuía a través de sus felices duendes.

L.R.

He aquí, algunas de sus páginas:

La barriada del norte

"Allá por la parte norte de la ciudad, cerrado entre las vías del Ferrocarril, el Boulevard y el río lleno de barcazas y cruzado a esa altura por puentes y acueductos de quebracho, se extiende un barrio pintoresco por su edificación y sus habitantes: el barrio de San Juan.

"En la época en que comienzan estos recuerdos se comienza de un apesadumamiento habitadas por los empleados humildes de la Empresa, como por antonomasia se conocía al tal Ferrocarril (trancés) y por los obreros de sus talleres.

"Las calles, apenas delimitadas por algunos frentes sin revocar, con sus puertas falsas, sus ventanas voladas y sus largas hileras de tapiales, ofrecían un aspecto inusitado a la hora del crepúsculo.

"A las cinco de la tarde en invierno y a las seis en verano sonaba el pito a vapor de los talleres. Los operarios dejaban entonces despaciosamente su trabajo. Aún se oía un martillazo sordo y tardío".

Música en la noche

"Muchas veces los muchachos de mi gavilla se habían sorprendido de verme huir en medio de la noche, sin motivo aparente. Era que yo había oído, por ahí, los sonos dolientes de un vals antiguo tocado en las guitarras de una serenata. Esto solía ocurrir en la Calera, donde había un gran pozo, un huerto de limas y vivía el criollaje de los alrededores.

"A mí me enfermaban estas músicas oídas en las noches de enero, tachonadas de estrellas como el luminoso pedregal de un río. El huerto de limas parecía encantado bajo los velos blancos de la luna. Un perfume intenso de azahares y de acacias en flor cargaba el ambiente; y entre la arboleda podía verse la luz rojiza que filtraba por la ventana de un rancho y al lado el rumor de la serenata. Aún recuerdo los títulos impresionantes de aquellos vales: 'La tísica', 'Alma mía' y 'Adoración'".

El Puerto...
 "Y la noche era como una lacia cabellera negra apenas enojada por la luz de algunos faroles o por la franja que, a lo lejos, salía de las puertas de un almacén y cruzaba diametralmente la calle. En medio de aquel silencio oíamos más claro y sugestivo que nunca el golpe isócrono de los martinets en el Puerto y el zumbido eterno de las dragas que trabajaban en el canal. Hasta que salía la luna hablábamos en voz baja de nuestros negocios, acurrucados en el suelo; luego, sin saber por qué, subíamos instintivamente el diapason de la voz".

El circo...
 "Anduvimos un rato largo golpeando a todas las puertas sin lograr que en ninguna parte nos aceptaran hasta que, de pronto tropezamos con la enorme carpa de una farándula trashumante.

"Se trataba de un circo, mitad ecuestre y mitad dramático. Sobre la entrada de los artistas había un tinglado en el que, al terminar la función, se representaban las socorridas farsas de 'Juan Moreira' y 'La piedra del escándalo'. Pucho y yo habíamos ocupado alguna vez las gradas del paraíso y conocíamos de memoria la encendida literatura de aquellos venenos criollos. Y como nos gustaba el relampagueo fugaz de los facones en las trifulcas con la 'partida' y la gesta brava de Moreira entre los talas, y aquel su arranque conmovedor ante la perjuración que le suplica: 'Mátame, mi Juan mátame', mientras él contestaba: 'Yo no mato a las muje-

res...', muchas veces habíamos representado estas escenas entre los vagabundos del barrio de San Juan y nos eran familiares".

El barrio Sur

"La calle Amenábar que corre empinada y ondeante detrás del Cabildo y a dos cuadras de la Plaza de Mayo, aún se conserva en su primitivo estado. Encajada en un barrio silencioso y triste que abarca desde aquella plaza hasta la hoz que forma el río junto al Tiro Federal, sus casas antiguas y sus quintas llenas de paz y sosiego le dan un aspecto áspero y sombrío, semejante al que tienen las estampas de aguafuerte... Los criollos de la vecindad asoman perezosamente a las puertas de sus zahurdas con el mate en la mano. Las viejas también asoman, llevando en sus sienas la habichuela partida contra el dolor de cabeza. A veces una alegría súbita y doliente (el paso de algunos carros de gitanos) reina por un instante en el viejo lugar.

"En seguida la muerte, como una lápida de plomo, vuela a pesar sobre aquellos andurriales que parecen vueltos de espaldas al progreso. Es la siesta provinciana con su sopor y tedio. En el fondo de las huertas se escucha, todavía, el silbido de un vecino que llama al tordo o un sofoeado ruido de latas para espantar la langosta. Luego, el silencio y la calma, apenas interrumpidos por la algarabía de aquella farándula (de los gitanos) o el estrépito de algún carro que pasa por las calles sacudiendo las losas.

"Las casas tienen todas un tipo común de portales antiguos tallados a cuarterones y tapias bajas tras las cuales, en grandes fincas desmanteladas que son un signo del valor de la propiedad, se levanta el dorado fastigio de los naranjos ineludibles. El afirmado de las calles suele desaparecer en verano, bajo el manto de los yuyos...

"Algunas viejecitas centenarias, que pueden verse de mañana yendo a los

mañines de Santo Domingo, y de tarde, apoyadas sonámbulicamente en los postigos de sus casas, son propietarias de vastas heredades en este barrio arqueológico, destinado así a vegetar miserablemente de sus recuerdos del pasado.

"A este barrio vine a vivir con mi familia..."

El Colegio de los Jesuitas

"En una esquina, tal como hoy, estaba la iglesia de la Compañía, que aún conserva su pórtico colonial y su torre almenada. Al lado se extendía el Colegio, cubierto de ventanucos herméticamente cerrados y presentando un aspecto vetusto con sus gruesas paredes de piedra revocadas de barro cocido, cuya uniformidad interrumpía, al medio, la entrada a la portería, igualmente chata y abierta en dos jambas.

Uzuango se daba a un patético clausturado que dividía las dos alas del edificio con sus claustros de la época de techos de tejas acanaladas, sostenidos por arcos y pilares de medio punto.

"El primer patio, inevitable, entonces, en nuestros arrebatos poéticos, y hoy desaparecido, estaba cubierto de 'naranjos' y rosales trepadores. En el centro había un aljibe de azulejos y delante, una glorieta bajo la cual se veneraba una imagen de la virgen tutelar del Colegio, hecha por Flotats".

La alfajorería de Merengo

"La alfajorería de Merengo, como se conoce el negocio de almacén y despacho de bebidas, instalado en la esquina oeste de la Plaza de Mayo, tiene su importancia en los fastos políticos de la ciudad.

"Allí, cuando aún no existía el Club del Orden, se reunían los hombres de más figuración de la época. El dueño era un criollo industrial y analfabeto que, des-



Esquina de calle Mendoza y San Jerónimo, con adoquinado de piedras



Bulevar Pellegrini y San Martín. Edificio de la Compañía de Tranvías, propiedad de los señores Llambi Campbell y Velar. Todavía este tipo de edificación se conserva en los fondos de esta manzana



La antigua recova de los Zavalla, frente a la Plaza de Mayo. Al fondo, edificio de la Universidad de Santa Fe

pués de ensayar diversos medios de fortuna, había puesto este negocio de alfajores, ampliándolo luego con una especie de café político, semejante al Suizo, de Madrid.

"Ocupaba este café una casa baja, de dos pisos, que terminaba en un esquinero atravesado en la intersección de las calles 3 de Febrero y San Jerónimo, por dos puertas laterales. En la parte superior tenía, y tiene aún, un balcón toledano y una insignia de hierro forjado que debió ser el brazo de un farol.

"Los alfajores de Merengo llegaron a adquirir considerable prestigio a través de los años y de la política. Los constituyentes de todas las épocas los llevaron consigo a sus respectivas provincias y los hicieron conocer de sus íntimos con la consiguiente reserva.

"En el salón había una pizarra y un trozo de yeso, donde los parroquianos, cuando estaba ausente el dueño, debían anotar lo que habían consumido. Y era tal la honradez de aquellos tiempos benditos que el viejo Merengo pudo retirarse un día del negocio a vivir de sus rentas.

"Allí iba yo con otros soñadores de amplio chambergo y lacia guejeja que conversaban en voz baja de temas literarios y se leían sus versos y sus prosas...".

La calle San Martín

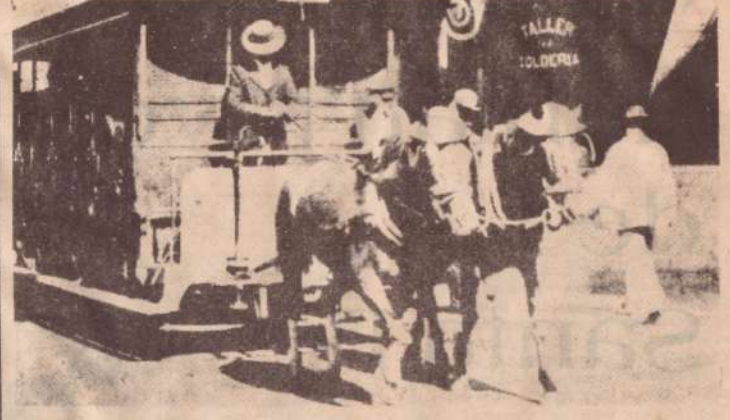
"La calle brillaba a esa hora, constelada de luces. A mi lado pasaban grupos compactos de muchachas adorables que volaban del cine Charmant o del Polo (la confitería). Vestían trajes vaporosos, cuyas sedas transparentes, ceñidas a la piel, dejaban adivinar apenas el lazo flojo de una media 'beige' sobre el mármol rosado de los muslos... Seguía el desfile de coches y de automóviles, y llenábase la calle de un estrépito de voces, de risas y de bocinas.

"En seguida, triunfantes, volvían a desfilar las mujeres, entre un enjambre rumoroso de hombres como una selva lúdica. Caminaban despacio, tomadas de la mano y dando lánguidos adioses que duraban un rato... quedaba flotando una estela de perfumes. Se oía un eco fácil de risas y de gritos, y todo era un deseo que tardaba en morir...".

Un periódico santafesino

"Yo pertenecía, como queda dicho, a la redacción de 'La Pluma' (bajo este título se esconde el nombre de 'Nueva Epoca').

"Ocupaba este diario una casa baja en la calle San Martín y tenía tres piezas: dos de las cuales con una librería y las oficinas de administración, y la tercera, únicamente destinada a los menesteres del periodismo. Esta pieza, en la que debían actuar, desde el jefe de redacción hasta el



Uno de los últimos tranvías a caballo

corrector de pruebas, no medía más de cinco por cinco, ni tenía más mobiliario que cuatro sillas, una mesa grande cubierta por un tapete de hule negro y un escritorio desvencijado.

"Contra la pared corría una cenefa de madera con un rimero de ganchos donde colgaban los periódicos del canje, y el techo era un cielorraso de lona abierto en varias partes y cubierto de manchas como la sábana de un conscripto... El director era fundamentalmente un ácrata revolucionario, pero, la miseria le obligaba a las claudicaciones más dolorosas. Y así se le veía pronunciando discursos incendiarios o llevando el palio en una procesión... El periodismo le atraía como una sirena, y cuando su cuerpo, cansado de muerte, vagaba lejos de estas ocupaciones, el áspero olor de las imprentas le llevaba de nuevo a su galeotaje con la fuerza de una obsesión.

"Yo tenía a mi cargo en aquella casa, desde el embutido de los telegramas hasta las crónicas de arte, sin facultades para hacerle asco a una noticia de policiales o a una entrevista con el obispo...".

El teatro Municipal

"En invierno cuando había función en el teatro Municipal, tomaba a las diez mi sombrero y salía a la calle... aquel teatro de la Ciudad de las Losas y de los Sueños

está envuelto con los más suaves recuerdos de mi adolescencia. Por allí pasaron Tórtola Valencia y Alla Nazimowa con el encanto refinado y triste de sus danzas, María Barrientos cantando 'Voci di Primavera', Kubelik con su raro aspecto de oso polar, Grasso y Zacconi, Emma Gramática, Blasco Ibañez, Paco Morano, Rusiñol... En las funciones de gala se llenaban los palcos con las familias aristocráticas, y entre el movedizo piélagos de las lunetas de terciopelo rojo, resaltaba el lechoso punto de las pecheras y el joyante mosaico de las 'toilettes'".

"Desde su 'avant scène' un grupo de tenorios enviaba al escenario miradas lánguidas que nadie recogía... En ese ámbito estaban las mujeres que yo conocía y amaba en secreto... En los entreaectos un vasto murmullo inundaba la sala. Las familias cruzaban de un palco a otro, se hablaba en voz alta y se establecía entre los espectadores una corriente simpática de alegría cordial. Aquel ambiente de ensueño, que no he vuelto a encontrar en ningún teatro del mundo, valía tanto como el más glorioso espectáculo de las noches de Buenos Aires, de El Cairo o de París... Entre los corredores se daban cita todos los noctámbulos del lugar, y la ciudad entera asistía a estas fiestas con ánimo de divertirse".



Café de principios de siglo, en las cercanías de la Estación de Ferrocarril Francés



El tradicional organillero, con sus vaíses y la cotorrita de la suerte